





AJO Y AGUA

JOSEP
GÒRRIZ

Platero
COOLBOOKS 

Título: Ajo y agua

Primera edición: julio, 2025

© 2025, del texto Josep Gòrriz.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

Fotografía de solapa Glòria Mitjans, LoiraGM

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1350-2025

ISBN: 979-13-87720-25-4

*A Xivi, Magda, Sumpta, Mercè,
Pep, Nasi, el Che, Fermí, Carmel...,
paladines de mi juventud dorada
y columna vertebral de esta historia*



*...poderoso caballero
es don Dinero.*
—Francisco de Quevedo

*Cuando era joven, pensaba que el dinero
era lo más importante en la vida.
Ahora que soy mayor, sé que lo es.*
—Oscar Wilde

*Puede que el dinero no compre la felicidad,
pero prefiero llorar en un Jaguar que en un autobús.*
—Françoise Sagan

Puedo vivir sin dinero, pero no puedo vivir sin amor.
—Judy Garland



ÍNDICE

1	11
2	33
3	57
4	81
5	105
6	131
7	157
8	177
9	193
Agradecimientos.....	217



1

Arnaldo introduce su mochila en el maletero del Land Rover y sube la persiana del garaje, que da a la amplia acera de la Gran Vía de Sabadell, delante del complejo sanitario Taulí. El sol de este último jueves de marzo acaba de salir, pero tardará en asomarse al garaje. Arnaldo está emocionado. Aunque ya tiene veintitrés años, ve esta Semana Santa como un oasis en medio del desierto. Celebra haberse recuperado de la indisposición que lo ha tenido cuatro días en la cama y no le ha permitido practicar ninguna terapia física para desconectar del trabajo. El pronóstico de lluvia y mal tiempo previsto a partir de la tarde no le importa.

Él es el único de los seis componentes de la pandilla que no ha tenido relación laboral con el banco. De los otros cinco, dos chicos y tres chicas, solo dos de estas tres continúan trabajando allí. Arnaldo agradece a Ricky, amigo del instituto y admirado entrenador de balonmano, que lo haya introducido en su círculo de amistades. Durante las pocas salidas que ha realizado con ellos, se ha sentido bien con todo el mundo, especialmente con Asunta, que lo trata con suma deferencia. Nacho, que con veintisiete años es el mayor del grupo, los reunió hace una semana para detallarles el *planning* de la escapada al Manzanal, la masía que se compró en Sant Julià de Cerdanyola, en el Alto Berguedà. A Arnaldo le llamó la atención la meticulosidad con que Nacho preparaba la excursión. Quiere organizar un concurso

de guirnaldas con un premio original y les hizo firmar un documento aceptando las normas del certamen. «¡Cuánta comedia!», se dijo para él, pero ahora cree que no lo es: Nacho, aparte de vivir de labores rurales que va buscando, es dinamizador recreativo y prepara materiales que muestra en cursos de monitores a decenas de jóvenes entusiastas. Lo considera un crac. ¡Qué vida más distinta a la suya!

Arnaldo, aunque es el hijo del dueño de Arnaldo Aluminios y cree en sus habilidades, tanto técnicas como organizativas, se siente maltratado por su patrón. El nombre con que su padre rebautizó la empresa Aluminios del Vallès, fundada por su abuelo, le parece presuntuoso. El gestor ya advirtió al obtuso empresario que Aluminios Arnaldo era más comercial, pero su padre, como no podía ser de otra manera, quería que su nombre figurara en primer lugar. Cuando, tras los carnavales, Arnaldo invitó a la pandilla a su casa, realizaron un concurso de imitaciones, un Trivial y una chocolatada memorables. ¡Cómo celebró él la espontaneidad alocada de Asunta! Se sentía flotar, nunca había respirado tanta felicidad en aquel comedor, pero sus padres llegaron antes de lo previsto del chalé de Palamós, en la costa Brava, y fue un desastre que sus nuevos amigos de la pandilla de Ricky tropezaran de cara con el señor Arnaldo, el cual les echó de casa con la mirada, el bigote encrespado tras crispas los músculos. Los invitados vieron en seguida de qué pie calzaba el empresario. Hoy, aunque solo pisarán el garaje, no se producirá ninguna situación similar: el dueño y su mujer se encuentran de nuevo en su casa de la costa.

Arnaldo se acerca al espejo que su padre colgó en la parte central del garaje, a la altura del vehículo, para que se aseguraran de ir bien vestidos antes de visitar a sus clientes. ¡Qué rostro más diferente al habitual! En lugar del mono azul de Arnaldo Aluminios o la indumentaria impecable de las visitas, viste un jersey grueso, gorra de lana con borla, tejanos y botas de montaña. Le gusta, lo único que le sobra es

el peinado James Dean que fascina a su padre, el cual también querría que se dejara bigote, como los grandes personajes de la historia, Arnaldo no le ha preguntado a cuáles se refiere, pero se imagina a Franco, Hitler, Stalin... Él no lleva bigote, pero se peina como James Dean; a cambio, el señor Arnaldo lo deja apuntarse a cursillos que no tienen nada que ver con el trabajo. El mundo de su padre se reduce al taller y el hombre también querría que fuera el de su hijo, el cual, a pesar de su juventud, goza de una cualidad que falta al padre: mano izquierda para conseguir trabajo; por eso el dueño lo envía a visitar clientes, hasta hace poco en taxi, no le deja conducir el BMW, pero ahora Arnaldo se ha comprado un todoterreno. A pesar de los pedidos que consigue, el señor Arnaldo lo considera poco preparado para confeccionar presupuestos y negociar precios. Los operarios captan esta desconfianza y a él le duele ver la cara con que lo miran, sobre todo los dos senegaleses, los trabajadores más competentes de la empresa, que en su país eran jefes de taller.

Arnaldo se dirige hacia el fondo del garaje, se acomoda en la butaca de terciopelo rojo que le regaló un cliente y tamborilea con sus dedos sobre el brazo de piel. ¡Cómo anhela abrir el gran paréntesis de libertad de Semana Santa!

Magda, alta, morena, con los ojos grandes y negros, de voz suave, comedida cuando habla y gesticula, es la primera en sacar la cabeza por la puerta del garaje; un largo jersey azul le cubre un tercio de los tejanos.

—¿Hay alguien?

Junto a ella aparece Asunta, iluminada por la franja de sol. Arnaldo contempla fascinado cómo mueve la cabeza agitando de un lado a otro su media melena rubia, como una orla que le enmarca los ojos, de un azul cielo sereno, bajo unas cejas tan finas que incluso de cerca cuesta verlas. Friolera como es, lleva dos jerséis, verdes como los pantalones de pana y los calcetines gruesos, y botas marrón de piel vuelta.

—Si te ve el gruñón de su padre —dice a Magda mientras la coge por el brazo para que salga del garaje—, sacará la escopeta de matar zorros y no creo que le cueste ni un pelín disparar por violación reiterada de domicilio, ¡este hombre está loco!

—¡Exagerada! —Magda, forzada por su amiga, retrocede—. Arnaldo nos dijo que sus padres irían a Palamós.

—El otro día tampoco tenían que estar en casa y aquel engendro nos degolló con la mirada y el bigotillo de clavos.

—¡Le desbaratamos la casa! No tuvimos tiempo de lavar platos ni ollas, y el pobre no debía haber visto tal mogollón de suciedad en la pica en toda su vida. El señor Arnaldo...

—¿Por qué señor? Mi padre no se hace llamar así, ni el tuyo, ni ningún otro. Si está enamorado de sí mismo, ¡que se cambie el nombre y se ponga Narciso!

—¿Quién te dice que esto no tiene que ver con su trabajo —lo disculpa Magda— y es una carga hasta para él?

—¡Pobrecito empresario ricachón!

—Tener un negocio no quiere decir que seas el rey del mambo. —Indica a Asunta que deje de sujetarle el brazo—. La persiana está abierta. Entramos, ¿no?

—Por si acaso, llamemos.

—¿Qué queréis? —La voz de Arnaldo retumba desde la butaca del fondo.

Las chicas se repliegan agarradas.

—Perdone. —Magda observa una sombra vigorosa acercándose—. Esperamos a Arnaldo...

—¡Aquí hay un pedazo de él! —El chico se hace visible cuando rebasa la parte iluminada del garaje.

—¡Qué bien imitas a tu padre! —Magda.

—¿Ah, sí? —Arnaldo, incómodo, se muerde la lengua y se traga un grito de dolor.

—¡Qué yuyu! —Asunta, colorada, se pone la mano en el pecho y suspira, suelta a Magda y se pasa la mano por la frente—. ¡Estoy sudando!

Arnaldo se encoge de hombros y da a entender que no imaginaba provocar tanto revuelo.

—No le hagas caso —dice Magda. Asunta se ruboriza con un estornudo.

—Perdonad. —Él cierra el puño; no está molesto porque su voz se parezca tanto a la de su padre, sino por la coincidencia en el tono; supone que, si hubiera sido diferente, lo habrían reconocido, pero no quiere aclarar el malentendido para no dar explicaciones que no desea y simula que lo estaba imitando—. Me he pasado un poco.

—¡Tres pueblos y dos capitales! —exclama Asunta—. Un kilómetro más y me da un infarto.

Arnaldo se ha ofrecido a realizar la salida con su coche y no les piensa cobrar el gasoil, pero no tiene suficiente confianza con el grupo como para gastar determinadas bromas. Si sale con ellos, es gracias a Ricky, que conserva aquellos amigos de cuando trabajaba en el banco.

Magda le da dos besos y deja la mochila en el maletero del Land Rover.

—¡Qué suerte no tener que preocuparse por el coche! Eres un sol, Arnaldo.

—Eso no es nada. —Él capta el interés con que Magda observa la vieja vitrina donde su padre desterró los libros de soltera de su madre, pero persigue como un imán la sonrisa desenfadada de Asunta, que se acerca hacia él y lo abraza con una ternura que le eriza la piel.

—Ven aquí, sol, solecito primaveral. —Le da dos besos que le encienden las mejillas.

Arnaldo se siente tan bien con el calor de Asunta, que teme que la chica lo note, y aunque desea alargar el contacto, se separa de ella.

—¿No traes equipaje? —le pregunta.

Ella vuelve a la acera para coger la mochila, la coloca en el maletero y se dirige de nuevo hacia el exterior.

—Os espero en la calle: necesito sol y aire, y soy un poco

claustrofóbica, un poco bastante, ¿verdad, Magda?

—Padece un trauma de infancia. —La amiga ríe.

Tras sobrepasar la franja de sol en dirección a la acera, Asunta se detiene y se vuelve hacia sus compañeros.

—De niña yo era un trasto tan trasto que un día en el cole me encerraron en el cuarto de las ratas y todavía no lo he superado. —Abre los brazos en señal de derrota y avanza hacia la calle, pasando junto a Arnaldo.

Él observa cómo se aleja convencido de que nadie lo mira, porque Magda sigue concentrada en los libros de la vitrina. Lo atrae la elegancia con que Asunta arquea las piernas y el reflejo que brinda el sol a su cabellera rubia.

Un perfume de claveles le hace volver la cabeza.

—¡Buenos días, Peña!

Merche, que ha entrado silenciosamente por el otro extremo de la puerta, le pasa la mano por delante de los ojos. Es la más baja del grupo, luce una larga cabellera castaña, va vestida con tonos rojizos, usa gafas de montura grana con grandes cristales redondos y una gorra amarilla que lleva habitualmente para reducir a la mitad la amplitud de una frente desmesurada. Tiene el olfato muy fino y ella misma elabora un perfume de claveles que no tan solo atrae a los clientes del establecimiento de electrodomésticos donde trabaja.

—¿No me veías ni la frente ni las gafas? —Merche desvía la vista hacia la calle—. ¿Qué examinabas con tanto interés?

—Nada... —Arnaldo espera que la sombra del garaje le disimule el rubor que le enciende la cara—. Pensaba si olvidado algo.

—¡Sí, claro! —El tono de Merche lo deja en evidencia, pero la muchacha le toma la palabra—. ¿No te has hecho la lista?

—No he caído, ¡salgo tan poco! La próxima vez será lo primero que haga. ¡Buena idea eso de apuntarlo todo en una lista!

—Gracias, pero es elemental, yo no soy ningún genio, para mí esto es rutina, pura deformación profesional: me paso la vida haciendo listas de boda.

La chica se sube al maletero del todoterreno, saca las mochilas que hay en su interior y las vuelve a poner ordenadas, dejando espacio para las que faltan. La suya es, con diferencia, la más voluminosa. Arnaldo va asintiendo mientras la observa: en su casa son clientes de la Suministradora Vallesana, la tienda donde trabaja como encargada de la sección de regalos.

Asunta recibe un WhatsApp de Ricky en el que dice que se retrasará veinte minutos porque ha de acompañar a su abuela a casa de sus tíos, y entra al garaje para anunciar la noticia.

—¡Traidor! —exclama después en voz alta—, sabíamos que llegarías tarde, siempre lo haces, te podías haber ahorrado culpar a tu abuela.

Magda, acomodada en la butaca, ha empezado a leer *El halcón maltés*, una novela negra que ha encontrado en la vitrina; no ha visto ningún libro de psicología, que es lo que le apasiona, la disciplina a la cual anhela dedicarse profesionalmente en cuando las circunstancias se lo permitan. ¡Cuántas veces ha soñado crear una consulta! Si no tuviera que ayudar económicamente en casa, cogería una vacante de trabajo en Ginebra que le ha ofrecido una amiga, pero no quiere dejar a su familia en la estacada. Ha elegido *El halcón maltés* por el cartoncito alargado del punto de libro, que sobresalía de dentro: muestra el dibujo de la letra griega psi sosteniendo unas balanzas, símbolo de la psicología; ha estirado el cartoncito y ha visto en él un halcón dibujado a lápiz y una frase que le ha llamado la atención: «Las cosas no son lo que parecen, María. Ojo con Arnaldo, antes de dar un paso en falso asegúrate de que también sea de oro por dentro, no tan solo por fuera». Magda deduce que el libro es un regalo que una amiga de la madre de Arnaldo le hizo antes

de casarse con el señor Arnaldo: no debía de ver clara la relación y se lo insinuó con aquella frase en el punto de libro.

Asunta y Merche salen del garaje y se sientan en los taburetes de pino que Arnaldo ha dejado en la acera, tocando a la fachada.

—Así nos dará el sol —dice—. Si Ricky tarda, nos apoyamos en la pared.

Merche levanta el índice:

—¿Qué clase de trofeo debe de haber comprado Nacho para el ganador del superconcurso de guirnaldas? Si hubiera ido a mi tienda, le habría facturado a un precio especial, ¡tenemos piezas únicas!

—Nacho no es de este mundo —replica Asunta—, seguro que se ha hecho con la joya de la corona de María Antonieta y nosotros nos mataremos a coger bellotas, piñas, piedras y todo tipo de plantas, flores, brotes, esquejes y qué sé yo, ¡engendraremos virguerías tope originales para ganarla!

—¡Qué competitiva eres, chica! —Merche ladea la cabeza—, ¿y tú estudias para maestra?, ¿no te iría mejor trabajar de entrenadora de alta competición, como Ricky?

—*More or less* es lo mismo.

—¿Ah, sí?

—Un entrenador es un formador —aclarar Asunta—: sus alumnos, quiero decir sus jugadores, han de tener alicientes: una vez organicé un partido de fútbol en el grupo de esplai, les dije que no contaríamos los goles que marcara ninguno de los dos equipos y el partido no duró ni cinco minutos, ¡jugaban sin ganas! Después les dije que quien ganara tendría un helado, no un polo a repartir entre todos, sino un cucurucho grandote por barba, y hubieras visto cómo corrían, ¡como si les fuera la vida!

Arnaldo, que se ha acercado a ellas más pendiente de Asunta que de la conversación, no espera que la chica se vuelva hacia él, pero lo hace, de golpe:

—Y tú, ¿qué opinas?

«Completamente de acuerdo», le viene a la cabeza, pero no sabe de qué hablaba, y sin saber por qué, supone que Asunta lo hacía en nombre de las dos.

—Tenéis razón —dice en plural.

Asunta y Merche se miran y ríen. Arnaldo, que ha puesto en evidencia su interés por Asunta, implora un argumento para recuperar los colores.

El chico que faltaba, que llega pisando fuerte, lo ayuda a soportar el trance. Arnaldo se levanta, lo saluda y entran todos en el garaje.

—¡Ya estoy aquí! —dice el recién llegado—, antes de lo que creía. Ni os habréis percatado del retraso.

Ricky, con barba de tres días y una mata de pelo rebelde, negro como sus ojos, y unas cejas gruesas que se rasca a menudo, viste deportivas, pantalones de camuflaje con bolsillos rebosantes de herramientas y la parte superior del chándal azul marino de su último equipo de balonmano.

—A Magda no la has hecho esperar nada —dice Asunta—, está dentro leyendo la Biblia. Si nos abriéramos sin meter ruido, no se daría cuenta.

—¿Y qué más? —replica la aludida desde el fondo del garaje; y mira a Arnaldo con la cara de súplica que este habría querido ver en Asunta—, ¿puedo llevarme tu libro a la excursión?

—Todo tuyo, es de mi madre.

—¡Uy! —Magda sonríe con tristeza—. Esto quiere decir que si fuera de tu padre...

Arnaldo aprieta los dientes. ¿Qué tendría que decir ahora? Él desea ser espontáneo, pero cuando lo es, mete la pata. ¡Tan bien que se entiende con los clientes cuando trata cuestiones de trabajo! En cambio, a la hora de hacer amigos, lo echa todo a perder.

Después de hora y media de viaje hacia el Alto Berguedà, Arnaldo se detiene ante el indicador que hay a la entrada del pueblo: «Sant Julià de Cerdanyola. Altitud: 960 metros».

—¿Y ahora qué?, ¿hacia dónde tiramos? —pregunta Asunta desde el asiento posterior central, entre las dos otras chicas.

—¿Qué dice el GPS? —bromea Magda.

—Las calles de este pueblo no tienen nombre —advier-
te Arnaldo—, solo las casas, y la nuestra no sale en el GPS,
pero no os preocupéis, sé a dónde voy.

—¡Bravo! —Asunta aplaude y Arnaldo, eufórico, pisa el
acelerador.

—Veo las casas muy alejadas unas de otras —dice Mer-
che— y las calles vacías, parece un pueblo fantasma. ¿No
sería más prudente mandar un WhatsApp a Nacho y que
nos indique por dónde hemos de pasar?

—Nacho no tiene WhatsApp —interviene Ricky—, solo
un móvil prehistórico y una agenda de papel llena a rebosar,
ilegible a los ojos de mortales normalitos como nosotros:
dicen las malas lenguas que en su cole había profes que, para
no suspenderlo por escribir en idioma desconocido, le ha-
cían los exámenes orales.

Arnaldo recuerda las indicaciones que le dio Nacho
a través del móvil: «después de cruzar el puente, gira a la
izquierda y sigue paralelo a la riera unos cien metros, a la
izquierda verás un pequeño parque infantil y, a la derecha,
la fuente del Castillo, que tiene tres caños, junto a dos me-
sas de piedra con taburetes en forma de seta, continúa dos
kilómetros hacia arriba y a la izquierda, después de unos
campos, verás una masía al pie de la montaña, coge el desvío
de tierra donde pone El Manzanal, descienes cien metros
hasta la riera, haces una ese y subes por el otro lado recupe-
rando el desnivel que habías bajado».

—Vamos bien. —Arnaldo señala el parque infantil y la
fuente del Castillo; después de sobrepasarla, quita el pie del

acelerador.

—¿Por qué vas tan lento? —se extraña Merche.

—El asfalto está helado y no quiero meterme en el hoyo este de la izquierda.

—Tienes razón. —Magda lo observa y agita la mano—. ¡Cuidado!, es la riera y, si caemos dentro, no creo que haya grúas para sacarnos del lecho.

—¿Has dicho que la calle está helada? —Asunta señala al cielo—. ¿Y este sol cegador?

—No calienta —contesta Ricky—, afuera estamos a dos bajo cero, son las diez de la mañana y todavía no hemos visto ni un alma; ya os podéis arropar bien.

Los pinos de la izquierda se acaban de golpe, y aparecen dos bancales sin cultivar que descienden hasta la riera; al otro lado, dos campos de cultivo abandonados preceden la casa. La puerta da a un patio rectangular con un jardín rodeado de cerezos y ciruelos, con un cobertizo en cada extremo. Un pequeño muro de un metro de altura lo separa de la era, donde distinguen a Nacho, que los saluda agitando los brazos.

—¡Oéééé!

Su rápida gesticulación y su voz grave y potente son inconfundibles. Cogen el desvío, atraviesan la riera y suben por el otro lado. Nacho avanza hacia ellos, su silueta se perfila contra un cielo tímidamente azul. Los amplios pómulos mal afeitados le flanquean la nariz, fina y prominente. La gorra no le cubre la gran mata de pelo que le cubre las orejas hasta el punto que parece que no tenga. Enroscada al cuello de forma desaliñada, lleva una bufanda verde. La indumentaria no difiere de la que ya le conocen: camisa de cuadros, pantalones de pana marrón y botas de alta montaña.

Cuando llegan a la era, se detienen y bajan del coche. Magda atraviesa el muro por una obertura que hace las veces de puerta y entra en el patio ajardinado. El grupo la sigue. Para satisfacer su curiosidad, Nacho abre la puerta del

cobertizo más alejado de la vivienda; se trata de un armario repleto de herramientas y utensilios del campo, colgados en plafones o milimétricamente colocados en estanterías o cajones. El otro cobertizo, cerca de la casa, es más grande y corresponde al lavabo de la masía, que es exterior y cuenta con tres departamentos: uno grande con la pica y la ducha, y dos pequeños con sendas letrinas, separadas por un tabique que no llega al techo.

Regresan al Land Rover, pero solo Arnaldo y Nacho suben en él; avanzan despacio, mientras los demás siguen el coche andando. El camino desciende hacia la derecha rodeando la casa. En el vértice hay una mesa y un banco artesanos hechos con madera de castaño, en el punto en que un sendero desciende hasta otra riera, la atraviesa y enfila el bosque. Siguiendo el camino principal, que rodea la casa, rebasan una puerta de reja y llegan al garaje, donde entra el vehículo. Una pared cubierta con multitud de leños cuidadosamente alineados confiere al espacio un fuerte olor a encina. Arnaldo aparca. Baja del coche, con Nacho, y los dos esperan a sus compañeros, que llegan enseguida. A través de una pequeña puerta que hay en la pared opuesta a la entrada, salen a un patio interior alargado; por la derecha se estrecha hasta la puerta de reja que han visto antes. Adosados al garaje, aparecen tres corrales; solo se accede a ellos por este patio interior. Nacho abre el primero, donde aún se encuentran balas de paja; comederos y abrevaderos se conservan en buen estado.

—Antes —informa al grupo—, por aquí corrían gallinas, patos, ocas, conejos...

—¡Qué pasada! —Magda se adentra en el corral seguida por sus compañeros, que se reparten por la estancia.

—¡Faunápolis! —exclama Arnaldo—, el paraíso de los animales.

—¡Y el antiparaíso de las personas! —Asunta se tapa la nariz—. Vete a saber el tiempo que hace que no vive nadie

en este cinco estrellas, ¡cómo aprieta el perfume de la vieja clientela!

A continuación, visitan las otras dos dependencias de los animales: el establo de las vacas y la cuadra del caballo.

Al otro lado del patio, delante de los corrales, solo hay una puerta.

Asunta la empuja levemente y retrocede.

—¡Qué claustrofóbico!

Ricky entra y con la poca claridad que se filtra por la puerta observa la pequeña estancia, donde solo hay un lavadero; el suelo está inundado de serrín.

—¡Un zulo ideal por guardar secretos! —Y señala un agujero que hay en la pared, a un metro del suelo—. Quizá antes aquí encerraban a indeseables: el último acabó reventando, limpiaron todo y cubrieron el piso de serrín.

Nacho deja escapar una risa nerviosa.

—¿Quién sabe? El caso es que encima de este cuartucho se encuentra la bodega y parte del comedor de la masía; nos hallamos en el sótano de la casa, está construida en pleno desnivel.

De nuevo en el garaje, deshacen andando el camino que han recorrido hasta el patio que precede la entrada a la masía. Nacho les avisa que vayan en cuidado con la puerta del vestíbulo, porque si bien se puede abrir desde dentro sin dificultad, desde fuera se tiene que hacer con llave, y si él no está en casa ni hay nadie dentro, no podrán entrar. Por esto, a excepción de la noche, suele estar entornada. Magda la empuja y entran en el vestíbulo, que tiene forma de ele. Al final del brazo largo de la ele se encuentra un pequeño trastero con la puerta medio abierta, donde ven colchones y muebles antiguos. El vestíbulo gira a la derecha en perfecto ángulo recto, se estrecha y se oscurece. La escasa luz de la bombilla que enciende Nacho solo sirve para que no tropiecen. Y llegan al fondo. A la izquierda, unas escaleras suben al piso superior. A la derecha aparece una puerta cerrada.